



Gabriel Insausti:

(San Sebastián, 1969) ha escrito sobre todo poesía, ensayo, crítica y traducción. También aforismos, cuentos, novelas y diarios, que empezarán a publicarse en los próximos dos años. Tal vez de ese modo averigüe al menos por qué escribe, aunque probablemente la pregunta sea más bien cómo vivir sin hacerlo.





Mutatis mutandis

Al despertar esa mañana, después de un tranquilo sueño, sintió una extraña pesadumbre en sus miembros. Se dio cuenta de que, no obstante, podía levantarse y caminar sin dificultad. Qué distinto se veía todo desde esa posición erguida: las ropas, los muebles, las escaleras de la casa por las que bajó hasta la calle, el tranvía que tomó hacia el centro, el regio desayuno que se propinó en el Ritz, los dulces ojos color miel de la señorita, sentada dos mesas más allá, con la que empezó a flirtear al tiempo que untaba un croissant en mantequilla... «Cuánto mejor», pensó mientras con el periódico aplastaba un coleóptero que se había posado sobre la mesa, «cuánto mejor ser un hombre llamado Gregorio Samsa que un miserable insecto». ■

Inspiración

Luego de llegar a su casa de la ronda que daba siempre por las eras, comenzó a hacer memoria de la historia que le había venido a las mientes al cruzar frente a las bardas de la hacienda vecina, y que bien cierto estaba habría de cobrarle eterno honor y fama. Determinó escribirla prontamente antes que se la hurtara algún tunante, poeta atribulado o historiador arábigo, pues más vale salto de mata que ruego de hombres buenos. Pero no lograba recordarla: con gran contrariedad iba de aquí para allá por la alcoba, arrancábase las barbas y daba grandes pasos, que de vez en vez terminaban con un puntapié a una vieja adarga de su bisabuelo, olvidada allí años ha, que empleaba cuando se afanaba en la huerta. ¿Qué historia era aquella, cuál su busilis? ¿Era una fábula de asunto mitológico? No, pardiez. ¿Un libro de aventuras, de anchurosa peripecia y amenos episodios? Tampoco. ¿Acaso un ramillete de breves relatos, de acicalado aspecto unos y catadura más plebeya otros? No, no podía tratarse de nada semejante. «Igual da», se dijo, «comenzaré por cualquier frase y veremos adónde va a parar el sendero, que el abad de lo que canta, yanta», y escribió: «En un lugar de la Mancha...». ■

El trato

Querida Marie:

Mientras escribo estas palabras yace a mi lado, todavía dormida, la joven Françoise. Quisiera que pudieses verla: la larga espalda de odalisca, los muslos de insinuada morbidez, que el pliegue de la sábana apenas logra ocultar, y la ondulante cabellera extendida sobre la almohada como un mar rubio y enrespado.

Ha sido presa fácil: nunca una de mis víctimas escondió dentro de sí, bajo tal aspecto de recato y modestia, un deseo tan intenso de ser seducida. Una sutil insinuación, una copa de borgoña, unas palabras que a cualquier corazón adularían, y se arrojó en mis brazos con la resolución de una mujerzuela del quai St Michel.

Y qué volcán: piel sedienta de roce, labios hambrientos de placer, insaciable avidez de carne. Casi siento el orgullo de haber participado en la iniciación, en el descubrimiento, de tan prometedora fiera del amor.

Mañana todo transcurrirá como acostumbra. Se verá primero obligada a sentir una digna vergüenza, y luego tal vez cierta leve aflicción por haber sufrido esa momentánea debilidad. A los pocos días será tan sólo una gota de remordimiento lo que turbe su ánimo, y muy pronto aprenderá a recordar esta noche en una vaga bruma, como el relato, oído en labios de una amiga, de algo que le sucedió a otra mujer.

Has sido vengada, pues. Tu antiguo amante, Antoine, no encontrará ya ante el altar a una ingenua doncella. Pronto se percatará de la transformación obrada en su antaño angelical Françoise: sin duda, cada vez que tenga que

ausentarse se preguntará si no debe vigilar la virtud de su esposa. Y, mientras tanto, ella conocerá los medios para saciar una sed que él no podrá aplacar nunca. Tu venganza es completa. Puedes ya cumplir tu parte del trato e iniciar la seducción del editor Legrain, para así mejor persuadirle de aceptar el manuscrito que conoces.

Tuyo,

Pierre Choderlos de Laclos ■

Escila y Caribdis

Se detuvo en la puerta, palpándose los pantalones. No, no había olvidado la llave. Estaba en el bolsillo de la chaqueta, no en el del pantalón. La cogí justo al salir, ya recuerdo. En la alacena que hay al final del corredor, frente a la entrada. La llave plateada y grande. Como la de un portón siniestro de un castillo. Mejor, una fonda en Connemara o en Killarney. Niebla en la noche. Un viajero se acerca, el rostro inclinado, los hombros encogidos de frío, casi como un giboso. Buen principio para un cuento. Tendría que haber algún personaje femenino. Acaso la posadera, o su hija. El viajero podría ser el albacea de un pariente lejano que ha dejado una suculenta herencia. Veremos.

Ahora. Sí que pesa. Cansancio, casi sensación de mareo. Demasiadas pintas en Doogan's. Nunca más hacer caso del bueno de Barry. La última es la última. Acercó la llave a la cerradura. No acertaba a introducirla. Se inclinó para ver mejor en la penumbra. Traspies. Maldición. Náusea. Se incorporó con trabajo, apoyó una mano en la puerta, descansando su peso sobre ella. Este Barry. Ahora sí. Como un cirujano enfrascado en su tarea, el rostro adelantado sobre la operación, logró ensartar la llave. Giró en el sentido de las agujas del reloj. Barry. La próxima vez me largo y lo dejo solo en la barra. Por fin. Entró.

Dejó el abrigo sobre el diván. Frío. Las clases en Clongowes Wood, con el padre Arnall dando la tabarra. Que si san Atanasio, que si Orígenes. Dio unos pasos hacia la puerta del dormitorio. Aquí hace aún más frío que en aquellas clases. Cuidado con la mesilla del rincón. Casi no se ve en esta oscuridad. Podría despertar a Molly. Pero ojo

también con el arcón del otro lado. Hay que pasar por en medio, con precisión, sin tocar nada. Se puso de lado. Por en medio, como entre Escila y Caribdis. Algún día, recorrer así las calles de la ciudad. Andar a ciegas e intentar orientarse entre los edificios. Sortear de memoria los quioscos, los buzones, los árboles. Quizá sentarse a descansar un rato en Stephen's Green. Hacer burla a los clientes del Merrion, que me estarán mirando a través de la gran cristalera del bar. Continuar así, con los ojos cerrados, sintiendo el aire en la cara. Bosquejar en mi mente un mapa completo, exhaustivo, de la ciudad. Recorrerla de punta a cabo, acariciando las paredes sobre las que se apoyan los mendigos a la salida de misa de doce. Escuchar el sonido de los tranvías, los cascotes de los caballos, el silbato del policía, los gritos de los vendedores. Llegar tal vez hasta el Trinity. Asquerosos lechuguinos. Aquella vez en que a uno se le cayó el birrete sobre el barro. Lechuguino asqueroso, ahí te jodas. Pasear entre los colleges con aire de desprecio. Seguir por O'Connell. Doblar por... Dios, la mesilla. La había olvidado. Ruido de cristales. La lámpara, maldita sea.

Tras la puerta, Molly en camisón. Cara de cabreo. Pelo sobre el rostro, como una bruja. Si no la conociera, me daría miedo. Una bruja. Las historias de brujas que contaba MacDuff en el colegio. Ollas hirviendo. Conjuros. Cosas así. Diablos, qué haces. ¿Qué horas son éstas? Hola, cariño. ¿Pero tú qué te has creído? El autor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres. Ya estoy harta de aguantar esto todas las noches. Y encima seguro que te has cepillado una corona en Doogan's. Un cristal en la suela del zapato. Perdona. Un tropezón. No volverá a. Te lo juro. Ya.

Al acostarse, las sábanas heladas. La espalda de Molly, echada de lado. Bufidos de enfado todavía. Y el caso es que

no era mala idea. Andar por toda la ciudad. Como un Ulises moderno en una odisea trivial, urbana y sin sentido. Eso es: como un nuevo Ulises. Pero a quién va a interesarle nada de esta maldita isla. Y menos de esta maldita ciudad. Sueño. Demasiadas pintas. Ya veremos mañana. Quién sabe si. ■